

el peso de una enfermedad tan dolorosa que le hacia retorcerse los brazos y castañetear los dientes, creia burlarse del sufrimiento, exclamando contra aquella: «Es inútil que asi me tortures, pues no diré que seas un mal.» Lo mismo experimentaba los efectos que mi lacayo; pero desafiaba los para poner de acuerdo al menos la lengua con los principios de su secta: *re succumbere non oportebat, verbis gloriantem*<sup>1</sup>. Encontrándose Arcesilao enfermo de gota, Carneades, que le fué á ver, quiso alejarse embargado por el sentimiento; pero el paciente le llamó, y mostrándole los pies y el pecho, dijo: «Nada pasó de los primeros al segundo; mi pecho se mantiene á maravilla, puesto que se da cuenta de experimentar el mal y quisiera desembarazarse de él; mas no por ello el corazón se aflige ni se abate.» Serenidad más afectada que verídica á mi entender. Afligido Dionisio Heracleotes por una vehemente irritación de los ojos, vióse obligado á prescindir de sus resoluciones estoicas. Mas aun cuando la presencia de ánimo produjera los efectos que esos filósofos declaran, rebajando la fuerza de los infortunios que nos circundan, ¿qué hace la ciencia que la ignorancia no realice con mayor pureza y evidencia? El filósofo Pirro, que corria en el mar los azares de una tormenta impetuosa, exhortaba á los que le acompañaban para que no entrasen en cuidados, á que imitasen el ejemplo de un cerdo que miraba la tempestad tranquilo. La filosofía, en último recurso, presenta á nuestra consideración, para que los imitemos, los ejemplos de un atleta ó de un mulatero, quienes ordinariamente ni temen la muerte ni ningún tormento, y son capaces de firmeza mayor de la que la ciencia proveyó jamás á ningún hombre que por inclinación natural no estuviera naturalmente predispuesto á la fortaleza. ¿Cuál es la causa de que se puedan cortar los tiernos miembros de un niño, ó los de un caballo, con mayor facilidad que los nuestros, sino la ignorancia? ¿A cuántas personas puso enfermas la sola fuerza de imaginación! Frecuente es ver gentes que se hacen purgar, sangrar y medicinar para curar males que no existen sino en su imaginación. Cuando los males irremediables nos faltan, la ciencia nos procura los suyos: tal color de la tez presagia una fluxión catarral; las estaciones cálidas os acarrearán la fiebre; esa cortadura de la línea vital de la mano izquierda os advierte que presto seréis víctima de alguna seria indisposición; la ciencia, en fin, va derechamente contra la salud misma. La alegría y el vigor de la juventud no pueden caminar unidos; es preciso extraer el sangre, aminorar la fuerza, por temor de que el exceso de vida no os perjudique á vosotros mismos. Comparad la

<sup>1</sup> Haciendo el bravucon con palabras altivas, no debía sufrir de hecho. CICERÓN, *Tusc. quæst.*, II, 13.

existencia de un hombre víctima de imaginaciones tales, con la de un labrador que se deja llevar conforme á sus naturales apetitos, que mide las cosas con arreglo al estado actual en que se encuentra, sin pronósticos ni ciencia, que no está enfermo sino cuando realmente tiene el mal encima; mientras el otro tiene la piedra en el alma antes de tenerla en los riñones. Como si no tuviera ya tiempo para sufrir la enfermedad cuando realmente ésta sea llegada, hay quien la anticipa y la toma la delantera.

Innumerables son los *spiritus* á quienes arruinan la propia flexibilidad y fuerza. Ved la mutación que ha experimentado por su propia agitación uno de los ingenios más juiciosos y mejor moldeados en la pura poesía antigua, superior en esto á todos los demás poetas italianos que jamás hayan existido. ¿No tiene que estar reconocido á la vivacidad que le mató? ¿Á la claridad que le cegó? ¿Á la acortado y constante ejercicio de sus facultades que le dejaron sin razón? ¿Á la curiosa y laboriosa investigación científica que le condujo á la estupidez? ¿Á la rara aptitud para los ejercicios del alma que le dejaron sin alma ni ejercicio? Experimenté más despecho que compasión al verle en Ferrara<sup>1</sup> en tan lastimoso estado, sobreviviéndose á si mismo, desconociéndose y desconociendo sus obras, las cuales vieron la luz sin que él las revisara, aunque las tuviera delante de sus ojos. Aparecieron sin corregir é informes.

¿Queréis que el hombre viva sano, que se gobierne ordenadamente y se mantenga en postura segura y firme? Envolvedle en las tinieblas, en la ociosidad, é inoculadle la pesantez de espíritu; precisa que nos estupidecemos para penetrar en los dominios de la prudencia, y que nos dejemos deslumbrar para ser guiados. Y si se me repone que la ventaja de ser poco sensibles á los dolores y á los males, lleva consigo el inconveniente de hacernos menos delicados para el disfrute de los bienes y los goces, diré que así es en efecto; más la miseria de nuestra condición es causa de que tengamos más ocasiones de huir los males, que de gozar los bienes, y el placer mayor no nos produce tanto efecto como el dolor más ligero, *segnius homines bona quam mala sentium*<sup>2</sup>: no nos damos cuenta del bienestar que acompaña á la cabal salud, pero en cambio nos tortura la enfermedad más insignificante:

Pungit

In cute vix summa violatum plagula corpus;  
Quando valere nihil quemquam movet. Hoc juvat unum,  
Quod me non torquet latus, aut pes: cetera quisquam  
Vix queat aut sanum sese, aut sentire valentem<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Montaigne vió en esta ciudad, en noviembre de 1580, á Torcuato Tasso, autor de la *Jerusalén libertada*, que fué encerrado en el manicomio de Santa Ana en marzo de 1579, y no salió hasta el mes de julio de 1586. (J. V. L.)

<sup>2</sup> Los hombres son menos sensibles al placer que al dolor. TITO LIVIO XXX, 21.

<sup>3</sup> Nos impresiona un ligero arañazo que apenas se marca en la epidermis

nuestro mayor bien es la privación del mal, por eso la secta filosófica que colocó el placer en primer término, hizolo consistir en la ausencia de dolor. La ausencia del mal es la mayor suma de bien que el hombre pueda esperar, como decía Enio :

Nimum boni est, cui nihil est mali<sup>1</sup>;

El mismo cosquilleo y aguzamiento que se encuentra en ciertos placeres, y que parece trasportarnos á un estado superior á la salud y á la ausencia de dolor, ese goce activo, que se mueve, que nos inflama y nos muerde, tampoco alcanza más allá que á la ausencia del dolor mismo. El apetito que nos empuja hacia las mujeres, obedece sólo á la necesidad de expulsar el malestar que nos produce el deseo ardiente y furioso, y no busca otra cosa más que saciarlo y ganar la calma, quedándose libre de la fiebre. Lo propio acontece con los otros placeres. Así que, si la simplicidad nos encamina á preservarnos del mal, nos conduce á un estado dichoso, dada nuestra naturaleza. Mas no hay que suponerla tan aplomada que sea absolutamente incapaz de sentimientos, pues Crantor tenía razón al combatir la insensibilidad de Epicuro de ser tan profunda que la acometida misma y el nacimiento de los males no hicieran en él la menor mella. «Yo no alabo esa insensibilidad que no es posible ni deseable; me conformo con estar bien, pero si caigo enfermo, quiero saber que lo estoy; y si se me aplica el cauterio ó se me opera con el bisturi quiero sentir sus efectos.» Quien desarraigara la noción del dolor, extirparía igualmente la del placer, y en conclusión aniquilaría al hombre: *Istud nihil dolore non sine magna mercede contingit immanitatis in animo, stuporis in corpore*<sup>2</sup>. El hombre participa del bien y del mal: ni el dolor debe siempre huirse, ni marchar constantemente en seguimiento de los placeres.

Constituye un argumento poderoso en pro de la ignorancia el que la ciencia misma nos arroje entre sus brazos cuando no encuentra á mano el medio de hacernos superiores al peso de los males; la ciencia se ve obligada á transigir con nuestra libertad, encomendándonos á la ignorancia y cobijándonos bajo su protección para ponernos al abrigo de los golpes y de las injurias de la fortuna. «¿Qué otra cosa significa el precepto de apartar nuestra mente de

somos insensibles á los goces de la buena salud; hay quien se alegra de que no le atormente la pleuresia ó la gota, mas de ordinario vivimos indiferentes al placer de estar sanos, de sentirnos fuertes y vigorosos. Seephani Botetani poemata,

1. ENNIUS ap. CIC. de Finib., II, 13.

2. CIC., Tusc. quæst., III, 7.

3. Esta calma producida por el abuso de los placeres no puede alcanzarse sino á costa de grandes estragos: del embrutecimiento del espíritu y del abatimiento del cuerpo. CICERÓN, Tusc. quæst., III, 6.

los males que nos agobian para convertirla al recuerdo del placer perdido; ni el servirnos para consuelo de los males presentes del recuerdo del placer que en otro tiempo disfrutamos; ni el llamar en nuestro auxilio la alegría desvanecida para oponerla á lo que nos tortura?» *Levationes ægritudinum in avocatione a cogitanda molestia, et revocatione ad contemplandas voluptates, ponit*<sup>1</sup>. Así pues, donde la fuerza le falta pretende emplear el artificio, y hacer ejercicios gimnásticos allí donde la faltan el vigor del cuerpo y la fuerza de los brazos, pues no ya al filósofo, al más simple mortal que siente los efectos de la fiebre, ¿qué alivio le procurará el recuerdo de la dulzura del vino griego? Entiendo que esto servirá más bien á empeorar la situación :

Che ricordarsi il ben doppia la noja<sup>2</sup>.

De igual naturaleza es este otro consejo que la filosofía recomienda: guárdese sólo en la memoria el recuerdo de la dicha extinta y bórrense las penas que sufrimos; como si de nuestro albedrío dependiera la ciencia del olvido: otra prueba de nuestra insignificancia:

Suavis laborum est præteritorum memoria<sup>3</sup>.

¡Cómo! ¿y la filosofía, que debe hacerme fuerte para combatir los azares de la fortuna; que debe templar mi ánimo para pisotear todas las humanas adversidades, cae también en la flojedad de hacerme esquivar las desventuras por medio de esos rodeos ridículos y cobardes? Porque la memoria nos representa, no precisamente lo que queremos, sino lo que buenamente la place; y nada se imprime de un modo tan vivo en nuestra mente como aquello que deseamos olvidar: es un excelente remedio para guardar y grabar en nuestra alma algún hecho, el pretender olvidarlo. Es falso este principio de Cicerón: *Est situm in nobis, ut et adversa, quasi perpetua oblivione obruamus, et secunda jucunde et suaviter meminerimus*<sup>4</sup>; pero este otro es verdadero: *Memini etiam quæ nolo; oblivisci non possum quæ volo*<sup>5</sup>. ¿De quién es este principio? De aquel qui se unus sapientem profiteri sit ausus<sup>6</sup>.

1. Para levantar el ánimo de los enfermos hay que hacerles desechar los pensamientos tristes y distraerlos con ideas placenteras. CICERÓN, Tusc., III, 13.

2. El recuerdo de la dicha pasada duplica la desdicha presente.

3. Dulce es traer á la memoria el recuerdo de los males pasados. EUCLIPID., apud CIC., de Finibus, II, 32.

4. De nosotros depende dar al olvido las ideas cuyo recuerdo nos aflige y recordar las que nos regocijan. CICERÓN, de Finibus, I, 17.

5. Recuerdo muchas cosas que quisiera olvidar y no olvido otras muchas que quisiera no recordar. CICERÓN, de Finibus, II, 32.

6. El único entre todos se atrevió á llamarse á sí mismo sabio (Epicuro). CICERÓN, de Finibus, II, 3.

Qui genus humanum ingenio superavit, et omnes  
Præstinxit, stellas exortus uti ætherius sol <sup>1</sup>.

Aminorar y desalojar la memoria, ¿no es seguir el verdadero camino de la ignorancia?

Iners malorum remedium ignorantia est <sup>2</sup>.

Igualmente vemos otros preceptos análogos, por virtud de los cuales se nos consiente tomar prestadas del vulgo ciertas apariencias frívolas, siempre y cuando que nos sirvan de consolación y contentamiento; donde no pueden curar la herida se conforman con adormecerla y paliarla. Yo creo que si en la mano de esos filósofos estuviera disponer de algún medio con que socorrer el orden y la firmeza en una vida que se mantuviera tranquila y placida, merced á alguna débil enfermedad del juicio, la aceptarían de buen grado:

Potare, et spargere flores  
Incipiam, patiarque vel inconsultus haberi <sup>3</sup>.

Encontraríanse muchos filósofos del parecer de Lycas, quien á pesar de vivir una existencia ordenada, dulce y apacible, rodeado de los suyos, no faltando á ninguno de sus deberes ni para con su familia ni para con los extraños, preservándose á maravilla de las cosas que podían serle perjudiciales, habia tomado la mania, por algún ligero trastorno de sus sentidos, de creer que se encontraba en todo momento en los espectáculos y en los teatros, y que presenciaba la representación de las mejores comedias. Luego que fué curado por los médicos de aquella ilusión, faltó poco para que les armase un proceso con objeto de que le restablecieran en la dulzura de sus pasadas imaginaciones:

Poll me occidistis, amici,  
Non servastis, ait; cui sic extorta voluptas,  
Et demptus per vim mentis gratissimus error <sup>4</sup>;

situación análoga á la de Thrasilao, hijo de Pythodoro que creía que todos los navios que salían del puerto de Pireo y todos los que llegaban, hacían los viajes exclusivamente para su provecho; alegrábase cuando no ocurrían averías á los barcos y acogía con júbilo la llegada de cada uno. Su hermano Crito hizole recobrar la sensatez, pero

1. Superior á todos los demás hombres, á todos los eclipsó con la luz de su genio, radiante como el sol, que oculta á nuestra vista los demás astros. LUCRECIO, III, 1036.

2. La ignorancia no es para nuestros males sino un débil remedio. SENECA, *Edipo*, acto III, v. 7.

3. Quiero beber, quiero esparcir flores á mi alrededor aunque me acusen de haber perdido la cabeza. HORACIO, *Epist.* I, 3, 44.

4. ¡Oh amigos! exclamó, por favorecerme me habéis dado la muerte; me habéis arrebatado la dicha, apartando de mi mente y contra mi deseo el error dulcísimo en que yo vivía. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 138.

Thrasilao echó de menos el estado en que habia vivido anteriormente, el cual contribuía á su felicidad. Es lo que dice este verso griego antiguo, «que es mucho más ventajoso no ser tan avisado»:

Ἐν τῷ φρονεῖν γὰρ μηδὲν ἤδιοςτος βίος.

Y el Ecclesiastés añade «que al exceso de sabiduría acompaña el exceso de pena; quien adquiere la ciencia, adquiere también trabajos y tormentos».

El hecho mismo en que la filosofía conviene en general, el último remedio que recomienda á toda suerte de desdichas, que consiste en poner fin á la vida, cuando no podemos soportarla: *Placet? pare. Non placet? quacumque vis, exi... Pungit dolor? Ve fodiati sane. Si nudus es, da jugulum; sin tectus armis Vulcaniis, id est fortitudine, resiste* <sup>1</sup>; y esta orden de los griegos á los que invitaban á sus festines. *Aut bibat, aut abeat* <sup>2</sup>, que suena más propiamente en la boca de un gascón que en la del orador romano, porque el primero cambia fácilmente la V en B:

Vivere si recte nescis, decede peritis.  
Lusisti statis, edisti satis, atque bibisti;  
Tempus abire tibi est, ne potum largius æquo  
Rideat, et pulset lasciva descensius ætas <sup>3</sup>;

¿que viene á significar sino la confesión de su impotencia y la recomendación no sólo de la ignorancia para ponerse á cubierto, sino de la estupidez misma, de la insensibilidad y del no ser?

Democritum postquam matura vetustas  
Admonuit memorem, motus languescere mentis;  
Sponte sua letho caput obcui obtulit ipse <sup>4</sup>.

Tal era el parecer de Antistenes, «que creía en la necesidad de aprovisionar juicio para obrar con cordura ó cuerda para ahorcarse»; y el de Crisipo, que aseguraba, á propósito de un verso de Tirteo que era preciso

De la vertu, ou de mort approcher:

acercarse á la virtud ó á a muerte. Crates decía que los males del amor se curaban con el hambre ó con el tiempo;

1. Si la existencia te es grata todavía, sopórtala; si de ella estás cansado, sal por donde quieras. El dolor te molesta, te desgarrará acaso, sucumbe ante él si te encuentras indefenso; mas si te hallas cubierto con las armas de Vulcano, es decir, provisto de fuerza y animoso, resiste. Las primeras palabras, modificadas, son de un pasaje de Séneca (*Epist.* 70) Las restantes son de Cicerón (*Tusc. quest.*, II, 14). (C.)

2. Que beba ó que se vaya. CICERÓN, *Tusc. quest.*, V, 4.

3. Si no sabes conducirse como es debido cede el puesto á los que saben; ya comiste, ya bebiste, ya te divertiste bastante; más vale que te retires á tiempo antes de que tus flaquezas te lleven á ser la irrisión de la gente moza en quien es más natural la vida alegre. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 213.

4. Cuando la vejez anunció á Demócrito que comenzaban á languidecer las fuerzas de su mente, él mismo, por movimiento espontáneo, entregó su cabeza á la muerte. LUCRECIO, III, 1052.

y á quien ambos medios desplacian, recomendabale la cuerda. Sexto, de quien Plutarco y Séneca hablan con gran encomio, lo abandonó todo para consagrarse exclusivamente al estudio de la filosofía, y decidió arrojarse al mar viendo que sus progresos eran demasiado lentos y tardío el fruto: como la ciencia le faltaba, se lanzó á la muerte. He aquí cuáles eran los términos de la ley estoica en este punto: « Si por acaso aconteciese á alguno una desgracia irremediable, el puerto está cercano y el alma puede salvarse á nado fuera del cuerpo, como apartada de un esquite que se va á pique, pues el temor de la muerte, no el deseo de vivir, es lo que al loco retiene amarrado al cuerpo.»

Del propio modo que la sencillez de alma hace la vida más grata, truécase también en más inocente y mejor, como dije antes: los ignorantes y los pobres de espíritu, dice san Pablo, se elevan hasta el cielo y lo disfrutan; nosotros, en cambio, con todo nuestro saber nos sumimos en los abismos del infierno. Y no hablo de Valiente<sup>1</sup>, enemigo jurado de la ciencia y de las letras, ni de Licinio, ambos emperadores romanos, que llamaban á aquéllas peste y veneno de toda nación bien gobernada; ni de Mahoma, que según he leído prohibió á sus sectarios el estudio de las ciencias. El ejemplo del gran Licurgo y su autoridad por todos reconocida, merecen ser tenidos en cuenta: en aquella maravillosa organización lacedemonia, tan admirable y durante tanto tiempo floreciente, estado feliz y virtuoso, si los hubo, fué desconocido el ejercicio de las letras. Los que vuelven del nuevo mundo, descubierto por los españoles en tiempo de nuestros padres, nos testimonian cómo esas naciones, sin leyes ni magistrados, viven mejor reglamentadas que las nuestras, donde se cuentan más funcionarios y leyes que hombres desprovistos de cargos, y que acciones:

Di citatorie piene e di libelli,  
D' examine, e di carte di procure  
Avea le mani e il seno, e gran fasti. III  
Di chiose, di consigli, e di lecture:  
Per cui le facultà de' poverelli  
Non sono mai nelle città sicure.  
Avea dietro e dinanzi, e d' ambi i lati.  
Notai, procuratori, ed avvocati<sup>2</sup>.

Decía un senador de los últimos siglos de Roma, que el aliento de sus predecesores apestaba á ajos, pero que el es-

1. Montaigne escribe Valentian, mas como no hubo emperador de Roma que llevara este nombre creo que se trata aquí de Valiente, el cual vivía en la segunda mitad del siglo IV, y como Licinio fué en efecto enemigo jurado de las ciencias y de la filosofía. (A. D.)

2. Tienen el seno y las manos llenos de emplazamientos, peticiones, informaciones y cartas de procuración; marchan cargados de sacos llenos de glorias, consultaciones y procesos. Gracias á ellos el desdichado pueblo nunca está tranquilo en sus hogares, viéndose circundado por una turba de notarios, abogados y procuradores. *Orlando furioso*, canto 14<sup>a</sup> estancia 84.

tómago guardaba el perfume de las conciencias honradas; y que, al contrario, sus conciudadanos olian bien exteriormente, pero por dentro hedían en fermento toda suerte de vicios, lo cual vale tanto á lo que se me alcanza como si se dijera que los adornaban saber y competencia grandes, pero que la hombría de bien brillaba por su ausencia. La rusticidad, la ignorancia, la sencillez, la rudeza, marchan de buen grado con la inocencia; la curiosidad, la sutileza, el saber, arrastran consigo la malicia. La humildad, el temor, la obediencia, el agrado, que constituyen las piedras fundamentales para el sostenimiento de la sociedad humana, exigen un alma vacía, dócil y poco prevalida de sí misma. Los cristianos saben á maravilla que la curiosidad es un mal inherente al hombre, y el primero que causó su ruina; el deseo de aumentar la ciencia y la sabiduría fué la causa de la perdición del género humano, fué el camino por donde se lanzó á la perdición eterna; el orgullo nos pierde y nos corrompe, el orgullo es el que arroja al hombre del camino ordinario, lo que le hace adoptar las novedades, y pretender mejor ser jefe de un rebaño errante y desviado por el sendero de la perdición, ser preceptor de errores y mentiras, que simple discípulo en la escuela de la verdad, dejándose guiar y conducir por mano ajena al camino derecho y hollado. Es lo que declara esta antigua sentencia griega: ἡ δεισιδαιμονία καθάπερ πατρὶ τῷ τυφῷ πισθεταί, « la superstición sigue al orgullo y le obedece como á su padre. » ¡ Oh presunción eterna, cuánto, cuántísimo nos imposibilitas!

Luego que Sócrates fué advertido de que el dios de la sabiduría le había aplicado el dictado de sabio, quedó maravillado, y buscando é investigando la causa, como no encontrara ningún fundamento á tan divina sentencia, puesto que tenía noticia de otros á quienes adornaban la justicia, la templanza, el valor y la sabiduría como á él, y que á la vez eran más elocuentes, más hermosos y más útiles á su país, dedujo que la razón de que se le distinguiera de los demás y se le proclamara sabio, residía en que él no se tenía por tal y que su dios consideraba como estupidez singular la del hombre lleno de ciencia y sabiduría; que su mejor doctrina era la de la ignorancia, y la sencillez la mejor ciencia. La divina palabra declara miserable al hombre que se enorgullece: « Lodo y ceniza, le dice, ¿quién eres tú para glorificarte? » Y en otro pasaje: « Dios hizo al hombre semejante á la sombra », de la cual ¿quién juzgará, cuando por el alejamiento de la luz, aquélla sea desvanecida? No somos más que la nada.

Estamos tan lejos de que nuestras fuerzas puedan llegar á concebir la grandeza divina, que entre las obras de nuestro Creador, aquellas llevan mejor el sello de la magnificencia y son más dignas del Ser supremo que menos están á nuestro alcance. Constituye un motivo de creencia para

los cristianos el encontrar una cosa increíble; más está de parte de la razón cuanto más se aleja de la humana razón; pues si fuera conforme á ésta, ya no sería milagro; y si fuera análoga á otra, no llevaría ya el sello de la singularidad. *Melius scitur Deus, nesciendo*<sup>1</sup>, dice san Agustín; y y Tácito: *Sanctius est ac reverentius de actis deorum credere, quam scire*<sup>2</sup>, y Platón entiende que hay alguna levadura de impiedad en el inquirirse con curiosidad extremada de Dios, del mundo y de las causas primeras de las cosas. *Atque illum quidem parentem hujus universitatis invenire, difficile; et quum jam inveneris, indicare in vulgus, nefas*<sup>3</sup>, dice Cicerón. Nuestros labios profieren las palabras Poder, Verdad, Justicia, que encierran la significación de algo grande, pero esa grandeza de ningún modo la vemos ni la concebimos. Decimos que Dios teme, que Dios monta en cólera, que Dios ama,

Immortalia mortali sermone notantes<sup>4</sup>:

son esos atributos que no pueden residir en Dios conforme los suponen nuestras mezquinas facultades; ni podemos tampoco imaginarlas á la altura de la grandeza en que Dios las reúne. Sólo él puede conocerse y ser intérprete de sus obras; si se nos muestra, es para rebajarse, descendiendo en nosotros que nos arrastramos sobre la tierra. «Siendo la prudencia la elección entre el bien y el mal, ¿cómo puede convenir á Dios, á quien ningún mal amenaza? ¿cómo la inteligencia y la razón, de que nos servimos para llegar de lo incierto á lo evidente, puesto que para Dios nada hay desconocido? La justicia, que recompensa á cada uno según sus merecimientos, la que fué engendrada por la sociedad de los humanos, ¿cómo puede residir en Dios? Ni la templanza, que es la moderación de los apetitos del cuerpo, los cuales nada tienen que ver con la divinidad; la fortaleza en el soportar el dolor, el trabajo, los peligros, no le pertenecen tampoco, que ninguna comunicación ni acceso tienen para con él. Por eso Aristóteles le considera exento por igual de virtudes y de vicios: *Neque gratia, neque ira teneri potest; quæ talia essent, imbecilla essent omnia*<sup>5</sup>.

La participación grande ó pequeña que en el conocimiento de la verdad tenemos, no la adquirimos con nuestras propias fuerzas; Dios nos lo probó sobradamente escogiendo á personas humildes, sencillas é ignorantes, para

1. Ignorando es cómo mejor se llega á conocer á Dios. SAN AGUSTÍN, *de Ordine*, II, 16.

2. Por lo que hace á las cosas que vienen de la divinidad, es más noble y más reverente creer que saber. TÁCITO, *de Mor. German.* c. 34.

3. Es difícil que un hombre descubra quién es el creador del universo, mas aunque lo descubriese no podría darlo á conocer á los demás hombres. CICERÓN, trad. del *Timeo* de Platón, c. 2.

4. Expresando cosas divinas con palabras humanas. LUCRECIO, V, 122.

5. El está libre de movimientos de debilidad y de violencia, porque estas cosas son propias de naturalezas frágiles, CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 17.

instruirnos en sus admirables designios. Tampoco alcanzamos la fe por virtud de nuestro esfuerzo, porque la fe es un presente purísimo de la liberalidad ajena. No por la reflexión ni con la ayuda del entendimiento acogemos la religión, sino merced á la autoridad y mandamientos ajenos. La debilidad de nuestro juicio nos ayuda más que la fuerza, y nuestra ceguera más que nuestra clarividencia. Con el auxilio de nuestra ignorancia, más que con el de la ciencia, logramos tener idea de la divina sabiduría. No es maravilla que á nuestros medios naturales y terrenales sea imposible lograr el conocimiento sobrenatural y celeste: pongamos sólo de nuestra parte obediencia y sumisión, pues como nos dice la divina palabra: «Acabaré con la sapiencia de los sabios y echaré por tierra la prudencia de los prudentes; ¿dónde está el controversista del siglo, el sabio, el censor? ¿No redujo Dios á la nada la ciencia mundana? Y puesto que el mundo no llegó al conocimiento divino por sapiencia, plugo á Dios que por la ignorancia y la sencillez de la predicación fueran salvados los creyentes<sup>1</sup>.»

Y, si en fin, pretendiéramos persuadirnos de si reside en el poder del hombre encontrar la solución de lo que investiga y busca, y si la tarea en que viene empleándose de tan dilatados siglos á hoy le enriqueció con alguna verdad fundamental y le proveyó de algún principio sólido, yo creo que, hablando en conciencia, se me confesará que toda la adquisición que alcanzó al cabo de tan largo estudio, es la de haber aprendido á reconocer su propia flaqueza. La ignorancia que naturalmente residía en nosotros ha sido después de tantos desvelos corroborada y confirmada. Ha ocurrido á los hombres verdaderamente sabios lo que acontece á las espigas, las cuales van elevándose y levantan la cabeza derecha y altiva mientras están vacías, pero cuando están llenas y repletas de granos en su madurez, comienzan á humillarse y á bajar los humos. Análogamente, los hombres, que lo experimentaron todo y lo sondearon todo, como no encontraron en ese montón de ciencia ni en la provisión de tantas cosas heterogéneas, nada fundamental ni firme, sino sólo vanidad, renunciaron á su presunción y concluyeron por reconocer su condición natural. Es lo que Veleyo reprocha á Cotta y á Cicerón, diciéndoles «que la filosofía les enseñó á convencerse de su ignorancia». Ferecides, uno de los siete sabios, escribió á Thales, momentos antes de expirar, diciéndole «que había ordenado á los suyos, luego que le hubieran enterrado, que le llevaran sus manuscritos para que si satisfacían á aquél y á los otros sabios, los publicaran, ó para que los destruyeran, de encontrarlos insignificantes. Mis escritos, añadía, no contienen ningún principio cierto que me satisfaga; así que no tengo

1. SAN PABLO, *Epístola á los Corintios*, I, 1, 19.

la pretensión de haber conocido la verdad ni la de haberla alcanzado; hago entrever las cosas más que las descubro». El hombre más sabio que haya jamás existido, cuando le preguntaron qué era lo que sabía, respondió que sólo tenía noticia de que no sabía nada. Con lo cual corroboraba el dicho de que la mayor parte de las cosas que conocemos es la menor de la que ignoramos, es decir, que aquello mismo que creemos saber es una parte pequeñísima de nuestra ignorancia. Conocemos las cosas en sueños, dice Platón, pero las ignoramos en realidad. *Omnes pene veteres, nihil cognosci, nihil percipi, nihil sciri posse dixerunt; angustos sensus, imbecilles animos, brevia curricula vite*<sup>1</sup>. Del propio Cicerón, que debió al saber toda su fortuna, dice Valerio que, cuando llegó á viejo, amaba ya menos las letras; y que mientras las cultivó, hizolo sin inclinarse á ninguna solución, siguiendo la que le parecía probable, propendiendo ya á una doctrina, ya á otra y manteniéndose constantemente en la duda de la Academia: *Dicendum est, sed ita, ut nihil affirmem, quæram omnia, dubitans plerumque, et mihi diffidens*<sup>2</sup>.

Sería muy ventajoso para mi propósito considerar al hombre en su común manera de ser, en conjunto, puesto que el vulgo juzga la verdad, no por la calidad de las razones, sino por el mayor número de hombres que de igual modo opinan. Pero dejemos tranquilo al pueblo,

Qui vigilans stertit,  
Mortua cui vita est prope jam, vivo atque videnti<sup>3</sup>;

que ni juzga ni siente según su propia experiencia, que no emplea sus facultades y las deja ociosas; quiero considerar al hombre superior. Considerémosle, pues, en el reducido número de personajes escogidos que, habiendo sido naturalmente dotados de facultades excelentes, las perfeccionaron y aguzaron por estudio y por arte, y llevaron su entendimiento á la región más alta que pueda alcanzar. Tales hombres guiaron su alma en todos sentidos y la dirigieron á todos los lugares, la auxiliaron y favorecieron con todos los recursos extraños que la fueron favorables, la enriquecieron y adornaron con todo lo que pudieron hallar para su perfeccionamiento en el mundo exterior é interior; en ellos, pues, se encierra la perfección suprema de la humana naturaleza; ellos proveyeron el mundo de reglamentos y leyes, é instruyeron á los demás hombres por medio

1. Casi todos los antiguos dijeron que no podía conocerse nada, comprenderse nada, ni saberse nada; que nuestros sentidos eran limitados, nuestra inteligencia débil y nuestra existencia efímera. CICERÓN, *Acad.*, I, 12.

2. Yo no daré como seguro nada de lo que he de decir, investigaré cuanto pueda, mas dudando siempre y desconfiando de mí mismo. CICERÓN, *de Divinat.*, II, 3.

3. Que duerme aunque parece despierto; que está á dos pasos de la muerte, aunque parece vivir y ver. LUCRECIO, III, 1061, 1069.

de las artes y las ciencias y los dieron ejemplo con sus admirables costumbres. Me limitaré sólo á esos hombres, á su testimonio y experiencia, y veremos hasta dónde llegaron y los progresos que hicieron: los defectos y enfermedades que nos muestre esa selección, debe el mundo todo considerarlos como propios.

El que se consagra á la investigación de la verdad llega á las conclusiones siguientes: unas veces la encuentra, otras declara que no puede descubrirla por ser superior á nuestras facultades, y otras que permanece buscándola. Toda la filosofía se halla comprendida en estas tres categorías: buscar la verdad, la ciencia y la certeza. Los peripatéticos, los discípulos de Epicuro, los estoicos y otras sectas creyeron haberla encontrado y echaron los fundamentos de las ciencias que poseemos, que consideraron como incontrovertibles. Clitomaco, Carneades y los académicos desesperaron de encontrar la verdad y juzgaron que nuestras facultades eran incapaces para ello; éstos dejaron sentado el principio de la humana debilidad, y fueron los que contaron mayor número de adeptos, superiores también en calidad. Pirro y otras escépticos ó epiquistas, que según testimonian algunos antiguos sacaron sus doctrinas de Homero, de los siete sabios, de Arquiloco y de Eurípides, y entre aquéllos incluyen también á Zenón, Demócrito y Jenófanes, declaran que se encuentran en el camino de la investigación de la verdad, y juzgan que los que creen haberla encontrado, son víctimas de un error grande, considerando además que hay una vanidad demasiado temeraria en los que aseguran que las fuerzas humanas no son capaces de alcanzarla, pues el fijar la medida de nuestros alcances en conocer y juzgar la dificultad de las cosas, suponen una ciencia extremada, de que dudan que el hombre sea capaz:

Nil sciri si quis putat, id quoque nescit  
An sciri possit quo se nil scire fatetur<sup>1</sup>.

La ignorancia que se conoce, que se juzga y que se condena no es una ignorancia completa; para serlo, sería necesario que se ignorara á sí misma, de suerte que la tarea de los pirronianos consiste en dudar de las cosas é inquirirse de las mismas no asegurándose ni dando fe de nada. De las tres acciones que el alma realiza: la imaginativa, la apetitiva y la consentiva, aceptan sólo las dos primeras, la última mantienela en situación ambigua, sin inclinación ni aprobación hacia la más ligera idea. Zenón representaba gráficamente las tres facultades del alma del siguiente modo: con la mano extendida y abierta, la apariencia; con la mano entreabierta, y los dedos un poco doblados, la fa-

1. Si alguien cree que nada se sabe, no sabe si puede saberse algo por donde se pueda afirmar que nada se sabe. LUCRECIO, IV, 470.

cultad consentiva, y con la mano cerrada significaba la comprensión; y si con la mano izquierda oprimía el puño más estrechamente, representaba la ciencia. Ese estado de su juicio, recto é inflexible, que considera todos los objetos sin aplicación ni consentimiento, los encamina á la ataraxia, que es un estado de alma apacible y tranquilo, exento de las sacudidas que recibimos por la impresión de la opinión y ciencia que creemos tener de las cosas, de la cual emanan el temor, la avaricia, la envidia, los deseos inmoderados, la ambición, el orgullo, la superstición, el amor á lo nuevo, la rebelión, la desobediencia, la testarudez y casi todos los males corporales; y hasta se libran los pirronianos del celo de su disciplina, merced á sus procedimientos de doctrina, porque nada toman á pechos y nada les importa ser vencidos en las disputas. Cuando dicen que los cuerpos buscan su centro de gravedad, entristecierales el ser creídos, y prefieren que se les contradiga para engendrar así la duda y aplazamiento del juicio, que es el fin que persiguen. No establecen sus proposiciones sino para combatir los reparos que les hagamos. Cuando se aceptan las suyas, combátenlas del mismo modo: todo les es igual, á nada se inclinan. Si sentáis que la nieve es negra, argumentarán que es blanca; si aseguráis que no es ni blanca ni negra, ellos mantendrán que es lo uno y lo otro; si sostenéis que no sabéis nada, ellos asegurarán que no estáis en lo cierto, y si afirmativamente aseguráis encontraros en estado de duda, tratarán de convenceros de que no dudáis, ó de que no podéis asegurar á ciencia cierta que dudáis.

Merced á esta duda llevada al último limite, se separan y dividen de muchas opiniones, hasta de aquellas que mantuvieron la duda y la ignorancia. ¿Por qué no ha de ser lícito á los dogmáticos, de los cuales unos dicen verde y otros amarillo, profesar la duda como nosotros? ¿Hay algo que pueda someterse á vuestra consideración para aprobarlo ó rechazarlo que no sea fácil acoger como ambiguo? Puesto que los demás son arrastrados por las ideas de su país, ó por las que recibieron de su familia, ó por el azar, sin escogitación ni discernimiento, á veces antes de hallarse en la edad de la reflexión, á tal ó cual opinión, hacia la secta estoica ó la de Epicuro, á las cuales se encuentran amarrados y sujetos como á una presa de que no pueden libertarse ni desligarse, *ad quamcumque disciplinam, velut tempestate, delati, ad eam, tanquam ad saxum, adherescunt*<sup>1</sup>; ¿por qué no ha de serles dado mantener su libertad y considerar las cosas libremente, sin ningún género de servidumbre? *hoc liberiores et solutiores, quod integra*

1. Se adhieren á cualquier escuela (secta, doctrina ó sistema), como los naufragos se agarran á la primera roca que les depara el azar. CÍCERÓN, *Academ.*, II, 3.

*illis est iudicandi potestas*<sup>1</sup>. ¿No es mucho más conveniente el verse desligado de la necesidad que sujeta á los demás? ¿No es mil veces preferible permanecer en suspenso á embrollarse en tantísimos errores como forjó la humana fantasía? ¿No vale más suspender el juicio, que sumergirse en mil sediciosas querellas? ¿A qué partido me inclinaré? «Inclinaos al que os plazca, siempre y cuando que adoptéis alguno.» Respuesta necia á que sin embargo, todo dogmatismo nos conduce, puesto que con él no nos es permitido ignorar lo que en realidad ignoramos. Adoptad la doctrina más acreditada, jamás será tan incontrovertible que no os sea indispensable, para sustentarla, atacar y combatir mil y mil doctrinas opuestas; así que, mejor es apartarse de la lucha. Si es lícito á cualquiera abrazar tan firmemente como el honor y la vida las ideas de Aristóteles sobre la eternidad del alma y rechazar las de Platón sobre el mismo punto, ¿por qué ha de impedirse que los escépticos las pongan en tela de juicio? Si Panecio se abstiene de emitir su opinión sobre los arúspices, sueños, oráculos, vaticinios y otros medios adivinatorios en que los estoicos creen, ¿por qué el sabio no ha de osar poner en duda lo terreno y lo extraterreno, como Panecio los oráculos, por haberlo aprendido de sus maestros, conforme á la doctrina de su escuela, de la cual aquél es sectario y también jefe? Si el que formula un juicio es un niño, desconoce los fundamentos del mismo; si es un sabio, es víctima de alguna preocupación. Los pirronianos se reservaron una ventaja inmensa en el combate, desechando todo medio de defensa; nada les importa que se les ataque, con tal de que ellos ataquen también. Todo les sirve de argumento. Si vencen, vuestra proposición cojea; si sois vosotros los vencedores, la suya; si flojean, acreditan su ignorancia; si vosotros incurris en esa falta, acreditáis la vuestra; si aciertan á probar que nada puede ser conocido, todo marcha á maravilla; si no logran demostrarlo, todo va bien igualmente: *Ut quum in eadem re paria contrariis in partibus momenta inveniuntur, facilius ab utraque parte assertio sustineatur*<sup>2</sup>: más bien se complacen en demostrar que una cosa es falsa, que en hacer ver que es verdadera, y en patentizar lo que no es que lo que es realmente, é igualmente lo que no creen que lo creen. Las palabras que profieren son: «Yo no siento ningún principio; no es así, ni tampoco de otro modo, la verdad no se me alcanza, las apariencias son semejantes en todas las cosas; el derecho de hablar en pro y en contra es perfectamente lícito; nada

1. Tanto más libres é independientes cuánto que tienen pleno poder de juzgar. CÍCERÓN, *Academ.*, II, 3.

2. Para que al presentarse en una cuestión argumentos contradictorios de igual fuerza sea más fácil que cada una de las partes contendientes se quede con su parte de razón. CÍCERÓN, *Acad.*, I, 12.

me parece verdadero que no pueda parecerme falso. » Su frase sacramental es *ἴστω*, es decir, « sostengo, pero no me decido ». Estos son sus estribillos y otros de parecido alcance. El fin de los mismos es la pura, cabal y perfectísima suspensión del juicio; sirven del ratiocinio para inquirir y debatir, mas no para escoger ni fijar. Imagínese una perpetua confesión de la ignorancia, y un juicio que jamás se inclina á ningún principio, sean cuales fueren las ideas, y se comprenderá la doctrina pirroniana; la cual explico lo mejor que me es dable, porque muchos encuentran difícil el penetrar bien sus principios. Los autores mismos que de ella trataron, muéstranla un tanto obscura, y no todos coinciden en la determinación de sus miras.

En las acciones de la vida los pirronianos proceden como todo el mundo, déjanse llevar por las naturales inclinaciones, lo mismo que por el impulso y tiranía de las pasiones, acomodándose á las leyes y á las costumbres, y siguen la tradición de las artes: *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti, voluit*<sup>1</sup>. Déjanse guiar por lo que á los demás conduce, sin interponer observación ni juicio, por lo cual no me parece muy verosímil lo que de Pirro se cuenta. Diógenes Laercio nos le presenta como estúpido é inmóvil, viviendo una existencia selvática é insociable, aguardando con toda tranquilidad el choque de los carros en las calles, colocándose ante los precipicios, y rechazando el sujetarse á las leyes. Todo lo cual va más allá de su disciplina: no pretendió Pirro convertirse en piedra ni en cepo, sino que quiso ser hombre vivo para discurrir y razonar, gozar de todos los placeres y comodidades naturales, y hacer uso de todos sus órganos corporales y espirituales, ordenada y normalmente. Los privilegios fantásticos, imaginarios y falsos que el hombre usurpó al pretender gobernar, dictar órdenes, establecer principios y afirmar la verdad, desechólos, renunciando á ellos. Ninguna secta filosófica existe que no se vea obligada á practicar y seguir infinidad de cosas que ni comprende ni advierte, si quiere vivir en el mundo; cuando se va por el mar ignórase si tal designio será útil ó inútil; el viajero tiene que suponer que el barco que le lleva es excelente, experimentado el piloto y la estación favorable; circunstancias todas solamente verosímiles, á pesar de lo cual vese obligado á aceptarlas y á dejarse guiar por las apariencias, siempre y cuando que éstas no aparezcan al descubierto. Tiene un cuerpo y un alma, los sentidos le empujan, el espíritu le agita. Aun cuando el hombre encuentre en su mente la manera de juzgar de los pirronianos, y advierta que no debe formular ninguna opinión determinada por hallarse sujeta á

1. Porque Dios no nos concedió el conocimiento de estas cosas, y si el disfrute de las mismas. CICERÓN, de *Divinat.*, I, 48.

error, no por eso deja de ejecutar todos los actos que le impone la vida. ¡ Cuántas artes existen cuyo fundamento es más bien conjetural que científico, que no deciden de la verdad ni del error y que caminan á tientas! Reconocen los pirronianos la existencia de la una y del otro, é igualmente la posesión de los medios para investigarlos, pero no para separarlos. Vale infinitamente más el hombre dejándose guiar por el orden natural del mundo, sin meterse á inquirir causas y efectos; un alma limpia de prejuicios dispone naturalmente de ventajas grandes para gozar la tranquilidad; las gentes que inquietan y rectifican sus juicios, son incapaces de sumisión completa.

Así en los preceptos relativos á la religión como en las leyes políticas, los espíritus sencillos son más dóciles y fáciles de gobernar que los avisados y adoctrinados en las causas divinas y terrenales. Nada surgió del humano entendimiento que tenga mayores muestras de verosimilitud, ni sea de utilidad más grande que la filosofía pirroniana, que presenta al hombre desposeído de todas armas, reconociendo su debilidad natural, propio para recibir de lo alto cualquiera fuerza extraña, tan desprovisto de ciencia mundanal como apto para que penetre en él la divina, anquilando su juicio para dejar á la fe mayor espacio, ni descreyente ni amigo de fijar ningún dogma contra las opiniones recibidas; humilde, obediente, disciplinado, estudioso, enemigo jurado de la herejía, y eximiéndose, por consiguiente, de las irreligiosas y vanas ideas introducidas por las falsas sectas: carta blanca, en fin, dispuesta á recibir de la mano de Dios los signos que al Altísimo plazca señalar. Cuanto más nos encomendamos y sometemos á Dios y renunciamos á nosotros mismos, mayor valer alcanzamos. « Acepta en buen hora y cada día, dice el Eclesiastés, las cosas según el aspecto con que á tus ojos se ofrecen; todo lo demás sobrepasa los límites de tu conocimiento. » *Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vanae sunt*<sup>1</sup>.

He aquí cómo de las tres sectas generales de filosofía, dos hacen profesión expresa de duda é ignorancia; en la de los dogmáticos, que es la tercera, fácil es echar de ver que la mayor parte de los filósofos si adoptaron la certeza fué más bien por presunción; no pensaron tanto en establecer principios incontrovertibles, como en mostrarnos el punto adonde habían llegado en el requerimiento de la verdad. *Quam docti fingunt magis, quam norunt*<sup>2</sup>. Declarando Timeo á Sócrates cuanto sabía del mundo, de los hombres y los dioses, empieza por decir que le hablará como de

1. Dios conoce el fondo del pensamiento humano, que es pura vanidad. *Salmo XCII*, v. 11.

2. Mejor, ó más bien que conocer la verdad, lo que los sabios hacen es imaginarla.